

## MONS. CARRASQUILLA

Bogotá asiste con sincero dolor a la agonía de este ilustre sacerdote, una de las más egregias figuras de la Iglesia y del magisterio colombiano. Desde hace cuarenta años monseñor Carrasquilla ha dedicado todas las fuerzas de su grande espíritu a la educación de la juventud. Su vida entera la consagró al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Allí preparó él varias generaciones que luégo han salido a servir a la patria en diversos campos de la actividad, llevando como firme coraza las enseñanzas del maestro y su ejemplo nobilísimo. Quien pasó por las aulas del Rosario no olvidará jamás la silueta de monseñor Carrasquilla ni dejará de oír su palabra elocuente. Muchos pueden no compartir las doctrinas filosóficas del profesor insigne; pero todos sus discípulos respetaron siempre la convicción profunda que las animaba y admiraron el talento prodigioso con que sabía exponerlas. Y aun los más escépticos le acompañaron en su culto por la Bordadita, la patrona del histórico colegio.

Sólo queremos hoy unir nuestra voz al concierto unánime de los corazones bogotanos, que hacen votos porque monseñor Carrasquilla pueda salir triunfante de esta lucha que su frágil envoltura corpórea está librando con la muerte.

Sus patricios pergaminos lo obligaban a ser óptimo patriota. Las enseñanzas de su padre lo encarrilaron por el sendero de la abnegación. Las órdenes sagradas lo condujeron al magisterio.

Nació maestro. Pero en su sabio magisterio nunca olvidó el gesto festivo que a don Ricardo Carrasquilla mereció tanto aprecio.

Orador de escuela clásica, su elocuencia no podía menos de rememorar la clásica francesa de Fenelon, de

Bossuet, de Massillon, vertida al más clásico corte castellano.

Las oraciones que en solemnes ocasiones pronunció en la Basílica, quedarán entre las páginas mejores de nuestra literatura. Pero más lo admiran quienes oyeron en capillas bellamente arcaicas sus pláticas analíticas en que al temor de Dios sabía unir el sentimiento de amor al amable conductor de los hombres. Así lo supo hacer Santa Teresa de Avila.

Y su prosa admirable, también rotunda y sonora como la de la Santa española, compite con la de Bello, la de Cuervo, la de Caro y la de Suárez, y tiene la unción que a sus escritos supo dar el arzobispo Mosquera. Monseñor Carrasquilla supo unir al giro reposado y lento de los viejos maestros castellanos la concisión y gallardía de la frase moderna, que forjan espíritus atormentados por apresuramientos que por fortuna los de antaño desconocieron.

Profesor de teología en el Seminario Conciliar, educó generaciones de sacerdotes, e interpretando a Santo Tomás de Aquino maravillosamente, hizo amables y comprensibles las ideas del egregio pensador e inspirado expositor de consoladoras teorías.

Y gran señor, aristócrata hasta los dedos con que agarraba las pinsillas que impedían que el cigarrillo maculase las yemas destinadas a sostener la hostia santa, no daba la impresión de uno de esos purpurados del Renacimiento, sino más bien la de los doctos prelados que a un mismo tiempo salvaron almas y levantando espíritus con el cultivo de las bellas letras, ennoblecieron la historia de sus pueblos.

Y no se limitó al horizonte nacional su obra, pues el prestigio de ella dio lustre al nombre del país en el exterior y así lo atestiguan los honores que le han dispensado academias y sociedades científicas extranjeras,

y el éxito estupendo de su misión a Lima, cuando fue con ocasión del centenario de Ayacucho.

Quizá muchos piensen en que el egregio orador hubiera estado bien de Prelado, pero sin duda él está satisfecho de su honda labor democrática de maestro, de apóstol, de académico, y de modelo auténtico y ejemplo de una república que con genuino entusiasmo lo considera prez y ornato de sus gestas y su historia.

(*El Tiempo*, domingo 16 de marzo).

### MONS. CARRASQUILLA

Una cabeza venerable que debió ceñir la mitra suprema de la iglesia colombiana, y que fue un noble asilo para la combustión constante del pensamiento, se inclina ahora sobre la tierra para encontrar por fin el reposo. La figura de monseñor Carrasquilla, que parece desprendida de los tiempos proceros, cuando se daban en una sola alma el sentimiento ardiente de la patria, la excelsitud del carácter y el tranquilo resplandor de la sabiduría, no habrá de diluirse como una sombra en el olvido de la posteridad. Apenas desde este día empezará a hacerse plena justicia. Las generaciones que maduraron su adolescencia y su primera juventud bajo la mirada severamente paternal del filósofo y del moralista, lo tendrán siempre incrustado en el recuerdo y cumplirán con el deber de obligar a la república a que honre dignamente el nombre de uno de los más grandes y altivos patriotas de los últimos tiempos.

La crítica del preceptor escolástico, que en equivalencia con el cardenal Mercier reavivó bajo las cenizas acumuladas por una grisácea filosofía cristiano-romántica, el fuego nítido del pensamiento tomista, no nos

corresponde a nosotros, ni es ésta la oportunidad de hacerlo. cuando el pensador católico se doblega en silencio y se riñe a la muerte para darse a una eternidad en que creyó con todo el poder afirmativo de su inteligencia y en que esperó con todas las fuerzas encendidas de su corazón. Nosotros honramos preferentemente al carácter invulnerable que daba cortantes reflejos diamantinos cuyos filos acuchillaban todas las culpas civiles, todos los pecados contra la república. Nos seduce el perfil duro del patricio que vigilaba la dignidad y la independencia de la nación con una fidelidad implacable y lloraba los dolores del país con sollozos contenidos, también como el heroico prelado de Bélgica, su compañero de doctrina y de fe.

Nos conmueve la desaparición de monseñor Carrasquilla, en quien admiramos la conciencia moral y patriótica más elevada de la Iglesia, la primera figura mitral del país, el ciudadano austero que talvez amó menos los claustros del Rosario por haber sido ellos el refugio de la filosofía de Santo Tomás de Aquino en las tinieblas de la Colonia, que por haberse mecido allí, como él decía, entre zozobras, heroísmos y glorias, «la cuna veneranda de la patria».

(*El Espectador*, domingo 16 de marzo).

### MONS. CARRASQUILLA

El doctor Carrasquilla se va, se calla un maestro, se apaga una gran luz. El es maestro en el verdadero sentido, y ejerció una enseñanza doble con su palabra de lumbrosa elocuencia y con el ejemplo de su porte hidalgo tallado en las virtudes que proyectó sobre el mundo Jesús de Galilea.

Fue sabio, fue sincero, por eso es un maestro. Para serlo se requiere que no se contradiga con palabras o

con hechos las ideas que se siembran en las almas de los discípulos.

Varias generaciones oyeron sus palabras llenas de unción y contemplaron su andar por la vida, fecundo en bienes, mesurado y señorial, como el de todos aquellos seres de excepción que araron con su inteligencia hondos surcos en las mentes de quienes estrecharon sus manos y oyeron sus doctrinas.

Los maestros no mueren. Su inteligencia se ha prolongado en las almas de sus discípulos, y éstos han de transmitir a sus hijos, en llamaradas o destellos, la lumbre del maestro. Por eso sus días van más allá de su muerte, más allá de la vida de sus discípulos, y más allá de la de sus descendientes.

Maestro no es simplemente el que lee una asignatura, es el que lanza su inteligencia a través de muchas generaciones, para decidir en su formación espiritual y en los frutos que han de enaltecer, en el campo del pensamiento, a la patria en que se nace y a las ideas que fecundan.

Maestro es aquel de quien se puede decir: «El que va a morir entrega a otro la antorcha del futuro». Por eso el doctor Carrasquilla fue un maestro. Fue sabio y fue sincero. Y por eso hallaron en su grande inteligencia la fuente del consejo los hombres de todas las ideas y de todos los partidos.

Se van los maestros, nos quedamos solos.

JORGE RUBIO MARROQUÍN

(*El Tiempo*, lunes 17 de marzo).

### MONS. CARRASQUILLA

A la hora en que escribimos estas líneas, se acentúa la agonía definitiva del doctor Rafael María Carrasquilla cuya vida se apaga en medio de la más sincera desola-

ción de la sociedad que se ha dado cuenta de que con la desaparición de tan eminente prelado pierde la patria una de sus más gallardas figuras morales, uno de sus próceres, un exponente que exhibía Colombia con justificado orgullo.

La República ha conservado a través de sus vicisitudes un sello espiritual, una inclinación incontenible a las faenas del pensamiento, un gran respeto por las ideas, y esta inclinación la deben las últimas generaciones, en gran parte, a la obra meritisima de Monseñor Carrasquilla, de cuyos labios escuchó la juventud colombiana durante largos años la sabia palabra, la enseñanza sólida, la recomendación constante de subordinar los intereses materiales a los grandes intereses del espíritu.

Su inteligencia robusta le captó prestigio mundial, su sabiduría proverbial, su patriotismo sin par en la República, su constante cuidado por la vida de su patria y su inquietud ante los peligros que de cuando en cuando la asechaban. Era un ciudadano en quien se resumían las grandes virtudes humanas.

Cuando escribimos estas líneas aún no se ha extinguido la preciosa vida de Monseñor Carrasquilla, pero todo indica que se trata de algo inevitable que gravita con suprema angustia sobre el corazón de Colombia, sobre el alma de Bogotá, especialmente.

*(Mundo al Día, lunes 17 de marzo).*

---

## ANTE EL CADAVER DE MONSEÑOR CARRASQUILLA

Nada pudo detener el desenlace de esa lucha desigual que desde el viernes pasado libraban la enfermedad y el agotado organismo de Monseñor Carrasquilla: anoche, a las nueve y cuarenta minutos, se apagó la